



inclinaciones ó de acciones censurables durante toda su vida, por la razón de que no se hallan vicios ni defectos en los santos. Generalmente entre los grandes hombres, los defectos inherentes á nuestra naturaleza son siempre perceptibles, aun cuando aparezcan mitigados por su generosidad, la esfera elevada en que viven, el respeto á la opinión ó el temor á la posteridad; no así entre los héroes del Evangelio, que aparecen siempre sin defectos ni flaquezas, purificados, elevados, ennoblecidos por el amor, porque en fuerza de su constante imitación del Divino modelo, llegan á modificar su propia naturaleza en cuanto lo permite nuestra humanidad.

Para decirlo de una vez, Colon no tuvo ninguna de las virtudes, ni tampoco ninguno de los vicios del mundo, y podemos, por muchas y muy graves razones, considerarlo como un *santo*.

Los biógrafos que, para obedecer á las exigencias del sistema de filosofía histórica han hecho penosos esfuerzos y emitido erróneas suposiciones para dejar establecido que Colon tuvo defectos, no han podido citar uno solo, ni apoyarse en un ejemplo, ni presentar una prueba; y todos, unos en pos de otros, cediendo á la fuerza de la verdad, han concluido por hacer un elogio tan completo de sus virtudes, que neutraliza el veneno de su crítica. Nosotros, á nuestra vez, perseveraremos en el primer propósito de ir derechamente al fin, sin detenernos á hacer esa prolíja é innecesaria auptosia.

Puede muy bien decirse que, á causa de una íntima solidaridad, la pureza del hombre privado garantiza la dignidad y la irreprochable conducta del hombre público. Por esa razón, despues de haber visto al almirante practicar tan exactamente la justicia y la equidad en el seno de la familia, se espera verle observar el deber con no ménos rigor, cuando á las obligaciones morales se una la responsabilidad política.

En la elevada posición en que se colocó de un sólo paso, revestido en la triple dignidad de almirante, gobernador general y virey, siempre se manifestó digno de ocuparla, y durante su administración ninguno le acusó de parcia-

lidad, excepto los altivos hidalgos castellanos, perseguidores de los indios, y que se quejaban de lo mucho que protegía á los indígenas; porque Colon, el discípulo del Evangelio, que no distinguía entre nobles y plebeyos para practicar la justicia, había establecido una completa igualdad ante la ley. Ya hemos demostrado que su administración estuvo exenta de errores; por tanto, no volveremos á entrar en detalles sobre ella, y nos limitaremos á ir enumerando los hechos capitales.

Su negativa de admitir un principado por el temor de que sus adelantos particulares lo distrajesen de sus deberes públicos, demuestra mejor cuanto pudiera decirse de su gran desinterés.

Siendo almirante del Océano, virey y gobernador perpétuo de las Indias, jamás olvidó la obediencia, y se sometió á las órdenes de un simple comisario de los reyes, en fuerza de su respeto á la autoridad legítima, visible delegación de Dios.

Constantemente practicó la igualdad y la abnegación en los casos desgraciados, y nunca, ni en mar ni en tierra, quiso prevalerse del menor de sus derechos para tratarse mejor que sus marineros cuando éstos sufrían escaseces.

Sus medidas administrativas no presentan ese carácter provisional, esa ciega sumisión á la urgencia, que sirve de norma á la mayor parte de los actos de la autoridad en la práctica de los negocios. Así es que no sacrificó á lo presente los intereses de lo porvenir, porque además sabía que los actos administrativos duran más que el administrador, y que el porvenir está contenido en lo presente; y como jamás ambicionó ni popularidad ni favor en palacio, ni las injusticias, ni la ingratitud lo hicieron variar de conducta, perseveró hasta el fin ocupándose con igual empeño de los intereses de la corona que de los de particulares.

A pesar de que la letra de sus capitulaciones con los reyes le daba derecho á defender con las armas el gobierno perpétuo de que se vió despojado, y su vireinato de las Indias, que ningún decreto posterior podía proscribir legalmente, dió un gran ejemplo de obediencia cristiana sometándose á la legítima autoridad;



respetó en todas sus partes su juramento, y no se consideró desligado de él por la injusticia de otro. Despues de habersele puesto cadenas, no pidió rehabilitación pública, ni ménos conservó rencor, ni buscó el modo de vengarse de los reyes; ántes al contrario, procuró emplearse de nuevo en su servicio, y cuando murió Isabel la Católica, recomendó á su hijo que redoblase sus esfuerzos en el servicio de D. Fernando y procurase aliviarle del peso de los negocios.

Su actividad, esmero, prevision, firmeza y rectitud en las cosas que le estaban cometidas, su respeto hácia el poder, hasta cuando con él fué inútil, la protección que dispensó á los débiles y abatidos, á los marineros que participaron de sus trabajos, su agradecimiento á los que le fueron fieles, hacen de Colon un dechado de virtudes públicas.

Ofrécese Colon á los hombres del mundo como un ejemplo, porque en la religión está el secreto de su virtud, de sus acciones y de su fuerza. Un santo parece no servir de modelo sino á los cristianos más puros; un obispo, un fundador de órdenes monásticas, un misionero, no parece ofrecerse en ejemplo sino á eclesiásticos; diríase que el claustro ó el santuario son los únicos que puedan aprovecharse de su historia; por eso la divina Providencia ha creído útil poner ante los ojos de los hombres un seglar, un funcionario público segun el Evangelio, porque no hay duda de que Colon, ocupando una tan elevada gerarquía, sirve principalmente de enseñanza á los altos funcionarios y hasta á los mismos reyes.

No hay duda de que su vida ofrece fecundas y preciosas enseñanzas. En ellas podrán aprender los subordinados á sufrir con resignación y valor los malos procederes, las injusticias de que sean víctimas en el ejercicio de sus empleos; verán claramente que el mérito puede no ser recompensado, pero también que, como la falta de justicia por parte de los superiores, no altera en lo más mínimo los deberes del subordinado, Colon sufre, mas no se rebela. El cristiano verá en estas pruebas un medio de reformarse y rescatar, con la resignación en la voluntad divina, la cual tiene dulzuras que no

conoce el espíritu del mundo, las faltas secretas cometidas contra el Señor.

Porque si Cristóbal Colon, apoyándose en el estricto derecho, en el texto de sus capitulaciones con la corona de Castilla, se hubiese sublevado y rechazado con las armas á los comisarios régios, á los Aguados, Bobadillas y Ovandos, que se proponían despojarlo y desposeerlo; si alzándose con la isla Española se hubiera proclamado independiente, su fin habría sido el de un hombre vulgar; la grandeza y poesía de sus trabajos hubieran quedado para siempre oscurecidos con semejante conducta; el interés, el respeto, la admiración que infunde su tierna memoria, se habrían desvanecido desde hace mucho tiempo; la radiante auréola que ciñó á su frente venerable una serie de infortunios soportados con santidad, no continuaria iluminándola.

Al considerar tan mal recompensados tan altos servicios, y conculcados tan claros derechos, aprende el hombre á soportar con ménos trabajo las injusticias y las ofensas del público ó de los superiores; porque, en efecto, bien poca cosa es la injusticia de un gobierno, de una municipalidad, ó de un jefe respecto á un particular, á un empleado, ó á un oficial cuando se piensa en los servicios que prestó Colon. ¡Quién se atreverá á quejarse de contrariedades ni vejaciones, cuando recuerde lo que él sufrió sin próferir una queja! Y quien se remonte á investigar la causa de su fortaleza de alma, y de su tranquilidad de espíritu hallará que su conocimiento del corazón humano, y de las debilidades y flaquezas de nuestra naturaleza, el elevado concepto que tenía de Dios y de la bondad divina, su deseo de perdonar para serlo á su vez, lo convencido que se hallaba de la inestabilidad de las cosas humanas y de cuán transitorias son las grandezas de la tierra, era lo que lo sostenía en sus tribulaciones, y daba aliento para soportar con paciencia las iniquidades de la vida presente y esperar resignado y tranquilo en la bondad y justicia del Todopoderoso.

Hemos visto ya en Cristóbal Colon un hombre dotado de virtud perfecta y de absoluta pureza de corazón, cuya grandeza moral es de



todo punto mayor que la de los tipos más célebres de la antigüedad, y no menor que la de las más nobles figuras de los héroes formados por el Evangelio. Sin embargo, esto no es bastante, porque para poder juzgar con la debida exactitud á Colon es preciso hacer un estudio profundo de su carácter, y entónces, al examinarlo completamente, abarcando de una mirada los hechos y los sucesos más principales de su carrera, no se puede por ménos de reconocer que su carácter público, en armonía con su carácter privado, ofrece el tipo de la mision religiosa y del mandato evangélico, y que, como con tanta justicia lo ha dicho el ilustre P. Ventura de Ráulica, «Colon es el hombre de la Iglesia» (1). En efecto, Colon pertenece á la Iglesia con más derecho que á la marina. Á pesar de sus cargos y empleos, más vivía como religioso que como seglar. No bien pisa la tierra española, donde habian de hallar eco sus palabras, porque así lo tenía dispuesto la divina Providencia para premiar á Isabel la Católica, esmilagrosamente conducido á un convento, en el cual se prepara para dar cumplimiento á su mision. Allí sólo traba estrecha amistad con eclesiásticos. En la córte, donde lo introduce un antiguo nuncio apostólico, monseñor Antonio Geraldini, si se exceptúa la reina y el gran cardenal, no halla sino incredulidad y oposicion. En la junta de Salamanca, la desconfianza ó el desprecio responden á sus palabras y solamente lo apoya un hombre; fray Diego de Deza; esto es, un sacerdote, un teólogo, y á su vez los dominicos lo alojan, lo asisten y lo socorren. Cuando, harto de esperar, quiere partirse de España, un religioso lo detiene y va en busca de la reina, lo hace volver, y rematando con sus oraciones lo que habia principiado con sus ruegos, consigue convencer á Isabel. Hay que advertir también, que el principal objeto que se propuso la reina fué la salvacion de los pueblos indios. Al monasterio de la Rábida, adonde primero llegó y fué socorrido, vuelve para prepararse á su expedicion, no con el compás y el mapa-mundi, sino con la penitencia, la oracion

(1) *Cristoforo Colombo rivendicato alla Chiesa. Manifesto*, 1855.

y la meditacion de las cosas divinas. La empresa toma el carácter religioso de su origen y de su fin; da el nombre de la Virgen María á su carabela, enarbola en ella la cruz, y se da á la vela un viérnes invocando á Nuestro Señor Jesucristo. En nombre, también, de Jesucristo, toma posesion de su descubrimiento; para honrar al Redentor planta cruces en todas las tierras donde desembarca, y despues de haber proclamado sobre las aguas la gloria del Verbo, extiende el nombre de Jesus en los virgenes bosques de los archipiélagos y en las riberas del Nuevo Mundo. Merced á su ardiente piedad los hijos de las islas y de los bosques saludaron el símbolo de nuestra libertad y bienaventuranza eterna, y á su imitacion se prosternaron voluntariamente de rodillas ante ese emblema cuyo significado ignoraban, pero cuyo misterioso ascendiente experimentaban ya. Él fué quien primero llevó la cruz á la nueva tierra. Él fué el precursor de las misiones, el heraldo del catolicismo, el nuncio del pontificado en aquellos remotos países. Él fué quien primero concibió la idea de fundar un seminario de misiones extranjaras, dotándolo de su peculio particular (1). Da ocasion á la Santa Sede de mostrar el espíritu de infalible sabiduría, perpétuo inspirador de la Iglesia, y de probar de una manera evidente que el pontificado, lé-

(1) En la institucion de su mayorazgo, 22 de Febrero de 1498, imponia Colon á su heredero la carga de fundar en la isla española cuatro cátedras de teología para enseñar misioneros que se dedicasen á la conversion de los indios. La falta de cumplimiento á las capitulaciones por parte del gobierno impidió la realizacion de su deseo. Sin embargo, tres siglos y medio despues, el patriotismo de un genovés ilustre, dió cumplimiento á la piadosa voluntad de Colon. El excelentísimo señor marqués Brignole Sale ha fundado en Génova, en el barrio de San Teodoro, un seminario de misiones extranjaras, pero en una escala tan grande, que bien puede asegurarse que pocos soberanos habrian concebido un establecimiento de tamaña importancia. Este seminario contará perpétuamente, y cuando ménos, veinticuatro discípulos y cinco profesores, hermanos de San Vicente de Paul. Los jóvenes misioneros, están á las órdenes de la Propaganda para llevar la luz del evangelio á las cuatro partes del mundo. La ilustre compañera del marqués, señora Artemisa Negrone, se asoció á su esposo para contribuir á tan piadosa fundacion, y por esta causa llevó el seminario el nombre de *Collegio Brignole-Sale-Negrone*.



jos de anatematizar á los que admitian la existencia del Nuevo Continente, como tanto han repetido los escritores del siglo XVIII, enaltecia á su descubridor y consignaba acerca de la forma y dimensiones del globo una opinion mucho más atrevida, exacta y sagaz que todos los cosmógrafos y sabios de la época. Léjos de secularizarse, por decirlo así, despues de su descubrimiento y de gozar de su triunfo, no aspira sino á emprender nuevas exploraciones para proclamar en tierras más remotas el nombre de nuestro divino Redentor. Hace, con la regularidad de un sacerdote, el oficio de los franciscanos; en Valladolid, en Granada, en todas partes se aloja en sus conventos, y despues de los hermanos de la Orden Seráfica, no tiene intimidad sino con los Dominicos, los Cartujos, los Jerónimos, los eclesiásticos, en fin, de vida edificante, los hombres sencillos que pasan sirviendo á Dios, pero nunca con los grandes y palaciegos; de modo que parecia un verdadero religioso, un fiel observante de la Orden Tercera.

Los viajes siguientes de Colon no tuvieron más objeto que la difusion del Evangelio, y como todos sus descubrimientos, desde entónces, no fueron sino la ejecucion de su plan, puede muy bien decirse que, gracias á él, el sacrificio perpétuo de la nueva ley, anunciada y profetizada en la ley antigua, quedó real y verdaderamente establecido en la tierra. Porque mientras el canto de vísperas y completas anuncia la declinacion del dia en nuestra Europa, el de maitines saluda la venida del nuevo sol en otras regiones; y mientras la noche rebosa en sus sombras nuestro hemisferio, se celebra el augusto sacrificio en los Andes y las islas del Pacífico, renovándose así, á todas las horas del dia y de la noche, la inmolation de la victima celestial en ambos mundos, é iluminando el sol constantemente las ceremonias de la Iglesia de Jesucristo, cuya poderosa unidad resplandece, por esta causa, de un modo exclusivo, pues sola en la tierra ofrece el magnífico espectáculo de una perpétua aspiracion hácia el cielo, tan continuada é inalterable como la vida orgánica, la respiracion de las plantas, ó la rotacion de la tierra.

Despues de haber descubierto la totalidad de nuestro planeta para que en ella brillase el emblema de la salud, no tuvo el mensajero de la cruz sino un deseo: el de rescatar el Santo Sepulcro para franquearlo á todas las naciones y entregarlo en propiedad á la Sede Apostólica. A preservar de las desmembraciones que pudiera ocurrir á este futuro patrimonio de la Santa Sede, se reducen todas sus inquietudes y afanes temporales, y su costumbre de recurrir en los casos difíciles á la Santa Sede, los poderes espirituales que de ella solicita, los servicios que se ofrece á prestarle, la consideracion que le demuestra el pontificado, la confianza que le inspira, tanto con respecto á la famosa línea de demarcacion como en lo tocante al arreglo de las sillas episcopales de Indias, y su gran deseo de recibir de él relaciones frecuentes, parecen confirmar de una manera tácita el carácter de legado apostólico, de que se muestra revestido en sus actos é intenciones. Su piedad ejemplar, su confianza en Dios, el brillo de su rango, la humildad de su vida, sus inauditas desgracias y sus incomparables servicios lo diferencian del resto de los hombres hasta el punto de que no hallamos ninguno, desde el principio del mundo, que haya dado cumplimiento á una obra tan considerable. Agréguese á esto que la dulzura evangélica de los medios de que se valió estuvo siempre en armonía con la santidad del objeto, y que, sin derramar una gota de sangre, ni hacer llorar una lágrima, duplicó el espacio de la creacion y abrió á la ciencia ilimitados horizontes.

No hay duda que Dios eligió á su siervo Cristóbal Colon para ser su mensajero en el Nuevo Mundo. Porque, desde la cuna, recibió la impresion de un sello misterioso. Colon pertenece á la época del renacimiento que nos es tan familiar, y sin embargo, parece participar de la existencia de los santos civilizadores de la edad media, y permanece rodeado de una maravillosa aureola, á pesar de las prosáicas acusaciones de sus enemigos, la exactitud de los testimonios y la autenticidad de los documentos contemporáneos. Colon se reveló en la época del gran progreso literario, de las uni-



versidades y de la imprenta en España, fué causa del establecimiento de las escuelas de náutica, de las comisiones de hidrografía, del desarrollo de la marina, y no obstante, su majestuosa grandeza parece elevarlo sobre el nivel de la historia para trasportarlo á las edades nebulosas de la mitología y de la epopeya, tan cierto es que la grandeza que se desprende de los lazos terrenales lleva en sí misma el germen de la sublimidad, y la sublimidad la poesía. Por lo mismo que Colon, elegido de Dios, estaba llamado á dar cumplimiento á un designio de la divina Providencia, se advierte en él el sello de la eleccion divina en medio del positivismo de los detalles y de los empleos diferentes en que se ocupó; señal misteriosa que no llamaba la atención á primera vista á los hombres vulgares, pero que las almas cristianas podían fácilmente descubrir.

En la historia primitiva del catolicismo, que una no interrumpida narracion conduce hasta la cuna del mundo, se advierte, por la expresa voluntad de la Providencia, que los patriarcas y profetas recibieron al nacer, nombres que simbolizaban el carácter ó el papel que debían representar. Del propio modo, cuando tuvo lugar el establecimiento del Evangelio, vemos tambien que sin excepcion, los primeros cooperadores escogidos por Jesus, llevan nombres emblemáticos de sus misiones.

Antes de que el Divino institutor de los hombres manifestase su doctrina, el precursor Juan Bautista, descendiente de la familia sacerdotal de Abia, llevaba en el desierto el nombre significativo que le fué impuesto por una autoridad sobrenatural (1), á pesar de la oposicion de sus parientes que todos querían darle el de Zacarías, como su padre, y repugnaban el de Juan, porque ninguno lo había tenido en la familia (2). El nombre de Juan, Johanes, expresa la verdadera piedad, la gracia, la misericordia que debía anunciar á los hombres

(1) «Ait autem angelus, ne timeas Zacharia, quoniam exaudita est deprecatio tua, et uxor tua Elisabeth pariet tibi filium, et vocabis nomen ejus Joannem» *Evang. Luc.*, cap. I, v. 61.

(2) «Y le dijeron á ella, no hay en tu linaje quien tal nombre tenga» *San Lucas*, cap. 1, v. 61.

aquél que preparaba las vías del Señor. *Rectas facite semitas ejus*. El primero de los evangelistas se llamó Levi, hijo de Alpheo; pero Jesucristo, al llamarlo para que lo siguiere, le dió el nombre de Mateo, que expresa al mismo tiempo, el dón voluntario y el agradecimiento al favor (1). Y para no multiplicar los ejemplos, citaremos uno solo, el del príncipe de los apóstoles, jefe de la Iglesia, San Pedro.

Cuando lo vió por primera vez el Divino Maestro, echando, en compañía de su hermano, sus redes en la mar de Galilea, se llamaba Simon Barjona, nombres ambos que, reunidos, tenían un interesante significado. Díjole Jesus que dejase allí sus redes, que él lo haría pescador de hombres, y al punto, con una obediencia tan sumisa como candorosa, abandona sus redes, esto es, su medio de vivir, y á pesar de ser casado y de tener á su cargo á la madre de su mujer, sigue á Cristo sin vacilar, sin cuidarse de la manera cómo proveerá á la subsistencia de su familia. Pues bien, tan sencilla confianza, tan pronta obediencia, indicio de la rectitud de corazón y de la sencillez y lealtad que caracterizan al príncipe de los apóstoles, estaban maravillosamente simbolizados por su nombre de Simon Barjona, porque, en hebreo-siriaco, Simon quiere decir: *Quien obedece*, y Barjona: *Hijo de la paloma*. Así pues, de antemano, el nombre de este oscuro pescador de Galilea, expresaba la obediencia y la sencillez, y presagiaba tambien la primogenitura, porque la paloma la simboliza (2). Pero, á estos dos nombres, añadió el tercero el Divino Maestro, para completar el emblema de su destino, y lo llamó Cepha, que, en sirio, vale *Pedro* (3); es decir, la piedra fundamental. Y es tan grande el poder del nombre que, despues de haberle dicho: Tú te llamarás Pedro, *tu vocaberis Cephas*, añadió nuestro Redentor: Y sobre esta

(1) Mateo, en Sirio, vale tanto como *Quien se dá*.

(2) La paloma, emblema del pacífico mensaje, recuerdo del arca de Noé, era, por su antigüedad, el emblema de la primogenitura, y por esta razon la colocaban en sus estandartes los Asirios, el primogénito de los pueblos, de quien descendía Judá por Arphaxad.

(3) *Juan*, cap. I, v. 42.



piedra edificaré mi Iglesia, *et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam* (1).

No debe, pues, parecer extraño que el hombre escogido por Dios para duplicar el espacio de la tierra, reunir á los pueblos que mutuamente se ignoraban, y llevar el Evangelio á las naciones desconocidas, ofrezca tambien, en su nombre, algunas acepciones misteriosas ó simbólicas.

En los primeros dias de su vida, el primogénito del cardador Colombo fué llevado á bautizarse á la cumbre donde se eleva la iglesia consagrada al primer mártir, San Estéban, y en ella recibió un nombre que, unido á su patronímico, era el más apropiado á la mision que debía cumplir en el mundo. Porque su apellido *Colombo* expresa al mismo tiempo la pureza, la inocencia, la sencillez del corazón, el mensaje sobre las aguas, el mensaje pacífico, el mensaje divino, la pronta llegada, la buena nueva, la tierra descubierta, la navegacion, el genio marítimo, el fundamento de todo bajel, la quilla (2). A este apellido tan simbólico, la Iglesia unió el nombre de *Christophorus*, es decir, quien lleva á Cristo, quien transporta la Cruz, quien difunde la luz del Evangelio. Y, cuando despues de su llegada á España, para españolizar su apellido, lo abrevió llamándose Colon, á pesar de haberlo así empobrecido, es tan grande su fuerza original, que representa la idea de los viajes, de la agricultura en Ultramar, de las colonias, de las emigraciones lejanas, y por tal motivo, léjos de mutilar la figura simbólica de su nombre, la dilató y caracterizó más profundamente.

Todo es singular y extraño en su vida, porque despues de haberlo visto sometido á oscuros y rudos trabajos en su juventud, cuando llega el dia designado por la Providencia, lo hallamos Grande Almirante del Océano, gobernador perpétuo y virey de las Indias, y aclamado como tal en tierras situadas más allá de

(1) *Math.*, cap. XVI, v. 18.

(2) Antiguamente se llamaba en Italia: *Colomba*, la quilla de los buques; y en el tratado de construcciones navales de Bartolomé Crescentio se halla todavía empleado. A. Jal, *Archeologie navale*, t. II, página 198.

la famosa *Mar Tenebrosa*, por aquellas tripulaciones que dos dias ántes querían arrojarlo al agua, y que entonces se le humillaban y prestaban juramento de obediencia.

Considerémos, ahora, en conjunto, los principales accidentes de la vida de Colon.

El blanco velámen de sus tres carabelas sobre las ondas azules del mar, recuerda las tres palomas (*colomba*) blancas en campo de azul de sus armas de familia, llevando por divisa los tres nombres de las tres virtudes teológicas; su primera expedicion, maravillosa y rápida, y cuya vuelta lo fué más todavía; la misteriosa relacion que hubo entre el viérnes y los sucesos de esta empresa en honor de la cruz; el gozo que proporcionó á su anciano padre la fama del descubrimiento, y que vino á ser como una recompensa de su piedad filial; sus tres primeros viajes verificados en tres buques en nombre de la *Trinidad*; la série de sus descubrimientos, compuesta de cuatro expediciones marítimas; su admision en la familia franciscana que le valió ser huésped cuatro veces de la Orden Seráfica en la Rábida; luégo sus cuatro viajes póstumos para descubrir ese reposo fúnebre que, durante su vida, pedía el Dante á los franciscanos de Corvo; la visible proteccion que le dispensó el Señor durante sus gigantescos trabajos; las grandes conquistas científicas debidas á este hombre que los modernos doctores excluyen del rango de los doctos; el privilegio divino de que disfrutó cuanto le pertenecía ó iba en su nombre; las iniquidades y los tormentos que sufrió con tanta paciencia; los sinsabores y amarguras que le proporcionaron aquéllos mismos á quienes más sirvió; su majestuosa vejez, la vigorosa poesía de su inteligencia, que resistió al tiempo y al infortunio, y, en fin, su lucida agonía y su muerte en el dia aniversario de la Ascension, todas estas circunstancias, ¿no diferencian á Colon de todos los demas hombres grandes que recuerda la historia?

No por ser singulares y extraños estos hechos dejan de ser verdaderos, y, sin embargo, aquéllos que los vieron y coadyuvaron á ellos, sus cooperadores, ni los han comprendido, ni han parado mientes en ellos. Ni tampoco podía